



Revista Mexicana de Opinión Pública

ISSN: 1870-7300

rmop@politicas.unam.mx

Universidad Nacional Autónoma de

México

México

Ai Camp, Roderic

El tecnócrata en México

Revista Mexicana de Opinión Pública, núm. 9, octubre, 2010, pp. 83-100

Universidad Nacional Autónoma de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=487456193007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

El tecnócrata en México¹

Roderic Ai Camp

Ningún tema de la política mexicana recibió más atención en 1981 que el papel del tecnócrata. La influencia de la tecnocracia en el Estado mexicano tiene consecuencias generalizadas, entre las cuales señalamos: cambios en las pautas de reclutamiento político, alteraciones en la socialización de los dirigentes políticos, mayor importancia de las carreras profesionales para avanzar dentro del sistema político y, muy significativamente, ajustes en la estabilidad del Estado. Para cualquier análisis del papel cambiante que desempeña el tecnócrata en la política mexicana es decisivo el significado que diversos autores atribuyen a este tipo de individuo. En consecuencia, este ensayo analiza la conceptualización del tecnócrata, procura presentar una definición operativa del tecnócrata en el contexto mexicano, suministra alguna evidencia empírica de la presencia del técnico en la política mexicana y analiza las consecuencias de dicha tendencia para el sistema político.

El tecnócrata en México ha sido conside-

1 Texto tomado de la *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 45, No. 2 (Apr. - Jun., 1983), pp. 579-599 . Agradecemos al IIS-UNAM y a la RMS por permitir la publicación de este artículo. La selección y transcripción estuvo a cargo de Makoto Noda.

rado desde varios puntos de vista. Entre las características más importantes utilizadas para diferenciar al tecnócrata de su contraparte política en la administración pública se cuentan su educación, su currículum profesional, sus medios de reclutamiento y su fuente de influencia. Como ha dicho Merilee Grindle, las características

que se atribuyen por lo general al técnico son que posee conocimientos especializados, se incorpora a su carrera y avanza en ella a través de criterios universalistas de evaluación, es apolítico y se considera por encima de la política, toma decisiones sobre la base de la racionalidad y la eficiencia, tiende con frecuencia a subestimar la necesidad de tener en cuenta en su trabajo aspectos de relaciones humanas y política y tiene una influencia cada vez mayor en la acción política.²

Al examinar estas características, Grindle señala sus debilidades o falsedades cuando se las aplica al caso mexicano. Dichas características, si bien dan el tono general del técnico, exageran ciertas cualidades. En el contexto mexicano, la mayoría de ellas son falsas porque la línea que separa al político del técnico es muy delgada. De hecho, como concluye Grindle, la dicotomía entre el político y el técnico no es válida para comprender las tendencias de este tipo de liderazgo.³

En lugar de ello, yo diría que en México todos los que toman decisiones de alto nivel son políticos, pero que es posible describir ciertos tipos de políticos sobre la base de su educación, sus carreras profesionales, sus medios de reclutamiento y su fuente de influencia, todo lo cual contribuye a establecer un conjunto de valores y capacitaciones que posee el técnico político. El funcionario público sin esas experiencias no posee muchas de tales características ni participa en ellas. Volvamos a examinar las características enumeradas por Grindle, a definirlas, y establezcamos una definición más provechosa.

La primera característica generalmente atribuida al tecnócrata político, como aquí lo llamaremos, es que adquirió cierto conocimiento especializado que lo capacita para la posición en la cual tiene responsabilidades. La capacidad se adquiere de diversas maneras, entre las cuales se cuentan la educación, la capacitación en el trabajo y la carrera profesional. El supuesto de que la capacidad del individuo corresponde a la posición que éste ocupa, todo al mismo tiempo, es ingenuo y de escaso valor para comprobar su importancia para definir al tecnócrata. Por lo tanto la capacidad, si es que ha de tener algún valor para comprender la función y definición del tecnócrata político, y para que pueda ser comprobada empíricamente, debe ser examinada en un largo período de tiempo para que se hagan visibles las tendencias en este tipo de liderazgo. Ningún observador sagaz del sistema político mexicano dirá que, aun cuando podamos definir a los técnicos políticos, e incluso cuando un individuo cumpla las condiciones que debe satisfacer ese tipo de político, ocupara siempre la posición que corresponda a sus conocimientos o capacidades especiales. Lo que diríamos, en cambio, es que desde los años treinta el especialista ha estado presente en el escenario político, que tiende a aumentar dentro del sistema político mexicano, que es poco probable que esta tendencia se invierta y que dicha especialización puede producir muchas consecuencias en el sistema político.

Podemos examinar empíricamente el grado de especialización de los políticos mexicanos

2 Merilee S. Grindle, "Power, Expertise and the técnico: Suggestions from a Mexican Case Study", *Journal of Politics*, vol. 39 (mayo de 1977), p. 402.

3 *Ibid.*, p. 426

observando los cambios en las siguientes variables: la cantidad de disciplinas diferentes representadas en sus antecedentes educativos, el aumento de nuevas especialidades que casi por definición se asocian con los tecnócratas, la magnitud de la educación universitaria y la expansión de la educación recibida fuera de México.

A medida que el sistema político se moderniza, que la toma de decisiones se vuelve más compleja y que las oportunidades educativas aumentan, no es sorprendente que los líderes políticos reciban, en su conjunto, una mejor educación. La experiencia de México fundamenta esta expectativa general. De hecho, el 75% de los líderes políticos de México que estuvieron desde 1930 en el gobierno o en los partidos de oposición han recibido grados universitarios.⁴ Pero si limitamos nuestras observaciones a los secretarios de Estado y a los directores de los principales organismos del Estado, veremos que desde mediados de los años treinta se perfila una tendencia gradual pero definida en los niveles educativos de quienes ocupan esas posiciones. Esos dos grupos de posiciones fueron elegidos entre muchos otros del sistema mexicano debido a que, según la mayoría de los observadores, son los que tienen más poder y recursos.⁵

Cuadro 1

Niveles educativos en las secretarías y subsecretarías de estado mexicanas^a

Nivel de educación						
Nivel de educación alcanzado	Gobierno de Cárdenas (1935-1944)		Gobierno de López Mateos (1958-1964)		Gobierno de López Portillo (1976-1981)	
	Secr.	Subsecr.	Secr.	Subsecr.	Secr.	Subsecr.
De primaria a preparatoria	35%	21%	15%	8%	9%	5%
Universitaria	48%	55%	59%	67%	50%	47%
Posgrado	11%	16%	21%	21%	37%	45%
Título médico b	11%	8%	5%	5%	5%	3%
Totales	100% (63)	100% (38)	100% (75)	100% (66)	100% (64)	100% (77)c

4 Los datos para estas cifras están tomados de *Mexican Political Biographies Project* (MPBP), del autor de este artículo. Véase en el cuadro 1, nota c, una breve descripción de la información contenida en este conjunto de datos.

5 Véase la evidencia que fundamenta esta afirmación en los estudios de Susan K. Purcell, *The Mexican Profit-Sharing Decision, Politics in an Authoritarian Regime* (University of California Press, Berkeley, 1975); Martin H. Greenberg, *Bureaucracy and Development: A Mexican Case Study* (D. C. Heath, Lexington, 1970), y Guy Benveniste, *Bureaucracy and National Planning: A Sociological Case Study in Mexico* (Praeger Publishers, Nueva York, 1970).

- a Las secretarías y subsecretarías de Estado incorporan individuos que han ocupado cargos de directores y subdirectores de los principales organismos descentralizados y bancos federales.
- b El título de médico es mostrado por separado de los trabajos de posgrado porque ha sido, junto con el de derecho, el título tradicional al que aspiraban los mexicanos y políticos con educación universitaria, al menos desde el siglo XIX.
- c Todos los datos sobre las secretarías de Estado fueron tomados de información reunida por el autor sobre las personas que en México ocuparon cargos de alto nivel, desde junio de 1935 hasta mayo de 1981. En el Mexican Political Biographies Project hay 1363 entradas individuales, y la información sobre las carreras y los antecedentes de los individuos que ocuparon posiciones indicadas en este cuadro y el que sigue está completa para alrededor del 85% de dicha población.

La información del cuadro 1 muestra con bastante claridad que el nivel educativo en las secretarías de Estado ha cambiado desde la época del gobierno de Lázaro Cárdenas hasta la del de López Mateos a fines de los años cincuenta, cuando el 85% de quienes tomaban las decisiones tenían grados universitarios, frente a sólo el 65% de sus contrapartes de veinte años antes. En el actual gobierno, los jefes de organismos con educación universitaria han llegado al 91%. Además, en este cuadro y el siguiente, donde aparece información sobre subsecretarías, podemos ver que los ocupantes de esos cargos prefiguran las tendencias de sus superiores y, lo cual es interesante, de todos los funcionarios gubernamentales. Por lo tanto, desde los años treinta los subsecretarios han sido, como grupo, los funcionarios gubernamentales con nivel educativo más alto en los mayores niveles del poder ejecutivo y legislativo.⁶ En el gobierno actual, solamente el 5% de ellos carece de un grado universitario.

Cuadro 2

Tendencias en los títulos universitarios de secretarías y subsecretarías de estado mexicanas

Tipo de título						
Tipo de título recibido	Gobierno de Cárdenas (1935-1944)		Gobierno de López Mateos (1958-1964)		Gobierno de López Portillo (1976-1981)	
	Secr.	Subsecr.	Secr.	Subsecr.	Secr.	Subsecr.
Ninguno	32%	21%	16%	9%	9%	5%
Derecho y medicina	52%	51%	55%	58%	45%	42%

⁶ El único grupo de individuos que ocuparon cargos gubernamentales y que presenta una excepción de esta afirmación es la suprema corte de justicia, cuyos miembros deben ser abogados. En consecuencia, todo integrante del poder judicial debe tener, por definición, una educación mínima de nivel universitario. De todos modos, su impacto en la política mexicana es bastante pequeño.

Economía y contabilidad	6%	5%	7%	9%	19%	22%
Arquitectura e ingeniería	8%	21%	15%	20%	19%	21%
Otros ^a	2%	3%	7%	5%	8%	10%
Totales	100% (65)	100% (39)	100% (74)	100% (66)	100% (64)	100% (77)

^a Otros se refiere a títulos en artes liberales, ciencias políticas, comunicaciones y ciencias naturales. Dentro de esta categoría, los títulos universitarios más comunes son en ciencias políticas y en ciencias.

Como he sostenido en otra parte, lo que hace que estas cifras sean interesantes en sí mismas es el hecho de que la educación superior no es accesible a la generalidad.⁷ Mientras que los funcionarios gubernamentales norteamericanos en posiciones similares cuentan con capacitaciones educativas parecidas, en este último país el acceso a los niveles elevados de educación está generalizado. Por lo tanto, los políticos constituyen en México mucho más una élite en términos de su nivel educativo, y los jefes de organismos y subsecretarías son un grupo aun más selectivo dentro del liderazgo político general. Pero a los fines de determinar la existencia de una tendencia hacia las capacidades que se atribuyen a los técnicos-políticos, la magnitud de la educación de posgrado constituye una medida aun mejor que la consecución de un grado universitario.

Las tendencias en la educación posprofesional de quienes toman las decisiones en México son notables. En los años treinta, solo el 11 y el 16% de dichos funcionarios habían ido más allá de la obtención de un título profesional; hacia fines de los años cincuenta, la cifra para los secretarios casi se había duplicado para llegar al 21%. En el actual gobierno, más de un tercio de los secretarios de Estado tienen ese nivel educativo, mientras que para los subsecretarios la cifra alcanza casi la mitad. Desde 1935 hasta 1981, esta característica educativa se ha más que triplicado. También en este caso, los subsecretarios comenzaron en un nivel más alto en los años treinta y sobrepasan a sus superiores en el actual gobierno. Sus cifras, además, indican que, debido a que con frecuencia los funcionarios de nivel de subsecretarías pasan a ser los siguientes jefes de organismos, en la década de 1980 los miembros del gabinete tendrán un nivel educativo superior al título profesional. Las características educativas generales revelan, además, otro modelo complementario. A medida que la cantidad de individuos sin un título universitario declinaba hasta convertirse en una minúscula minoría de los que toman decisiones, aquellos que antes no tenían ninguna formación universitaria alcanzan su primer grado profesional, y, por lo tanto, en los años cincuenta, las cifras de los graduados universitarios dentro de los jefes de organismos aumentan sustancialmente respecto de los de los años treinta. Pero en los últimos veinte años las cifras de aquellos que sólo tienen grados universitarios han declinado y se han nivelado, y ahora es la categoría posprofesional la que constituye el grupo en más rápido ascenso.

Tal vez un indicador más preciso de la capacidad técnica es el tipo de educación recibida, puesto que todos los políticos, técnicos o no, han logrado sus credenciales académicas. El tipo

⁷ Roderic Ai Camp, *Mexico's Leaders, their Education and Recruitment*, University of Arizona Press, Tucson, 1980, p. 68.

de disciplina seguida por el político revela varias características importantes acerca del sistema político. No es sorprendente que en los políticos prevalezca el derecho como carrera abrumadoramente mayoritaria, puesto que el 56% de los graduados universitarios estudian esta disciplina. Entre los políticos con título universitario, el derecho es seguido en importancia por artes y letras (13%), ingeniería (10%), medicina u odontología (10%) y economía y contabilidad (8%).⁸ Con el tiempo, sin embargo, y si nos limitamos a las dos posiciones más importantes entre los que toman decisiones, surgen algunas pautas interesantes.

Desde los años treinta hasta los cincuenta, a medida que los políticos con educación universitaria se hacían más comunes, los graduados universitarios seguían perteneciendo a la carrera de leyes. Esto se debe a que el derecho ha dominado siempre dentro de los antecedentes educativos de los políticos: proporciona capacidades útiles para la carrera política, la facultad de derecho ha sido una facultad politizada en la universidad nacional y aquella en que los políticos que enseñaban reclutaban tradicionalmente sus discípulos. El derecho, por lo tanto, seguía atrayendo a estudiantes que se proponían seguir la carrera política y su número incluso aumentó ligeramente durante esas tres décadas. Pero desde los años cincuenta el modelo cambió (cuadro 2). El derecho comenzó a declinar como disciplina elegida por los futuros políticos. En cambio, otras tres disciplinas muestran un notable avance: economía y contabilidad, ingeniería y arquitectura, y las artes liberales y las ciencias. En los años treinta sólo el 6% de los secretarios de Estado tenían capacitación en economía y contabilidad; en los ochenta la cifra se había triplicado. Mientras que los jefes de organismos con formación universitaria en ingeniería y arquitectura se habían más que duplicado, el incremento proporcional en campos como las ciencias políticas, las comunicaciones y las ciencias naturales y físicas había sido mucho más fuerte, cuadruplicándose desde la época de Cárdenas.

Estos cambios son importantes por dos razones. En primer lugar, indican un cambio de actitud en lo que los propios políticos valoran como parte de sus antecedentes. En tanto comunidad, los políticos dicen, en efecto, que el sistema político, o el Estado, da ahora mayor valor a un conjunto nuevo de credenciales, es decir, a la educación universitaria en disciplinas distintas del derecho y la medicina. Anteriormente, la mayoría de los políticos estaban dispuestos a obtener capacitación educativa en otra área sólo después de recibir un primer título en derecho. Miguel de la Madrid representa la generación que realizó esta transición, al combinar un título tradicional en leyes con una capacitación posprofesional en un campo no tradicional. Pero las generaciones más jóvenes, según las representan muchos subsecretarios del gobierno de López Portillo, indican claramente que incluso el tradicional título en leyes ya no es necesario y que, por primera vez en la historia política mexicana, más de la mitad de este grupo de funcionarios gubernamentales prefirieron obtener su título inicial fuera de las carreras de derecho o medicina. La consecuencia de su decisión es que ésta se refleja en el proceso de reclutamiento político y el éxito profesional de los políticos; en tanto jóvenes políticos que escogieron estas nuevas disciplinas como medio para ascender en sus carreras y asumir funciones de liderazgo en las camarillas, * y en la medida en que utilizan la universidad, y en especial las facultades, para enseñar y reclutar nuevos discípulos, contribuirán a aumentar la cantidad de políticos que seguirán sus huellas.

8 Mexican Political Biographies Project, cit.

El mayor nivel y el mayor grado de especialización que caracterizan al reciente liderazgo político en México son también indicativos de otro cambio que está teniendo lugar en los valores. En primer lugar, el liderazgo político -y no necesariamente aquellos que son técnicos políticos-, se ha convencido de que la especialización y la educación avanzada son necesarias en la burocracia federal. Además, los políticos obviamente creen que en muchos casos, incluso si ellos no lo tienen, este conocimiento especializado es útil para sus propias carreras y designarán subordinados que sí los poseen. Implica, por último, que para resolver problemas sociales y económicos significativos la capacitación puede ser más importante que ciertas habilidades políticas y que constituye, por cierto, una ventaja para mantener la estabilidad del sistema político: la cualidad más importante para todos los políticos del sistema establecido.

Cronológicamente, cada político tiene sólo cierto tiempo en el cual aprender una serie de capacidades para avanzar en su carrera y las escoge de modo de maximizar su futuro éxito. Algunas de esas capacidades pueden ser técnicas, otras políticas. Lo que planteo es que, en la actualidad, al alcanzar su primer puesto importante en el sistema político mexicano, el político dedica menos tiempo a obtener ciertas capacidades o experiencias políticas que a especializarse en un campo particular. En parte, pienso que esta tendencia indica que el técnico político es alguien que cree que el conocimiento especializado puede ser aplicado con éxito a la resolución de problemas concretos. Esta tendencia parece sugerir también que la identificación de problemas, y la formulación de políticas para resolver dichos problemas, puede ser más importante que su ejecución. Es muy posible, según esto, que en el Estado mexicano se esté produciendo un cambio, un cambio sutil pero significativo, en el cual se pone mayor énfasis en el aspecto de formulación de políticas del proceso de toma de decisiones que en la aplicación de dichas políticas.

Junto con la adquisición de capacidades a través de la educación hay que considerar las fuentes de dichos conocimientos. Pocos políticos mexicanos reciben su educación universitaria en el extranjero. Ir a estudiar al extranjero puede dificultar enormemente un primer ingreso en el sistema político, puesto que las instituciones educativas nacionales, principalmente las instituciones públicas de la ciudad de México, son el lugar de reclutamiento para el Estado. Pero muchos políticos mexicanos siguen sus estudios posprofesionales fuera del país. Desgraciadamente no disponemos de datos biográficos codificados para buscar esta información. De todos modos, desde los años veinte la capa intelectual ha sido en México una importante fuente de técnicos políticos, y la observación de aquellos que ocuparon puestos gubernamentales puede proporcionar una medida parcial de la importancia de esta tendencia. De los intelectuales que prestaron servicios al Estado, o que como funcionarios gubernamentales influyeron sobre la política pública, el 72% de los graduados universitarios recibieron educación en el extranjero. De este grupo, un tercio estudió en Estados Unidos, la mitad en Europa o América Latina y cerca de la quinta parte en ambos países.⁹ Cada vez más, tanto intelectuales como políticos obtienen este tipo de educación, lo cual se refleja en los estudios realizados en Chile por los dos últimos presidentes mexicanos y en los antecedentes del próximo, Miguel de la Madrid, que obtuvo en la Universidad de Harvard una maestría en administración pública.

La significación para la élite política y cultural de México de la educación recibida en el ex-

9 De un estudio inédito del autor: "Intellectuals and the State in 20th Century Mexico", y del *Mexican Political Biographies Project* (MPPB). Luis González señala algunos de estos cambios generacionales en su excelente estudio Los artífices del cardenismo. *Historia de la Revolución Mexicana*, núm. 14 (El Colegio de México, México, 1979), pp. 113 ss.

tranjero es algo generalizado que no ha sido examinado cuidadosamente. En primer lugar, los valores extranjeros obtenidos en tales experiencias afectan directa o indirectamente la acción política. En el campo político, por ejemplo, se ha afirmado que la inclinación de Luis Echeverría por Salvador Allende y su interés por Chile pueden atribuirse, en parte, al hecho de haber estudiado allí en los años cuarenta. Otros ejemplos más específicos pueden encontrarse en miembros del gabinete, como Ramón Beteta, cuyas ideas económicas fueron muy influidas por los autores y estadistas norteamericanos con que se familiarizó cuando estudiaba en la Universidad de Texas.¹⁰ Una experiencia estudiantil en otro país no produce automáticamente una respuesta positiva o negativa a los valores o tradiciones políticas de dicho país. Es bastante evidente, sin embargo, que la ideología política de los mexicanos con esas experiencias educativas se ha visto afectada. Específicamente, en un estudio sobre prominentes intelectuales desde los años veinte, encontramos que es probable que los de ideas neoliberales -una filosofía que corresponde a la sostenida por muchos políticos del mismo período-, hayan vivido en Estados Unidos (79%), a diferencia de sus colegas que profesaban ideas marxistas (36%).¹¹

Aparte de las alteraciones de valor que tienen lugar como consecuencia de una experiencia individual en el extranjero, lo significativo es el grado en que el presunto político o intelectual intenta aplicarlos en su sociedad. Con frecuencia los latinoamericanos fueron criticados por sus líderes intelectuales y políticos, y también por historiadores norteamericanos, por tratar de dar a sus problemas soluciones tomadas de modelos europeos o estadounidenses.¹² La principal cualidad del sistema político mexicano (en la medida en que ha tenido éxito), así como su carácter único y su pragmatismo, se desarrollaron a partir de experiencias pre y posrevolucionarias. Pero a medida que se valoraba más dentro del sistema al técnico político y éste traía consigo sus experiencias educativas, tanto nacionales como extranjeras, el bagaje intelectual que lo acompañaba era ajeno a las necesidades de México y de su sistema político. De las múltiples consecuencias que puede tener para el Estado mexicano el técnico político, es posible que esta sea, por cierto, la más significativa.

Por último, el valor que el sistema político mexicano otorga a la capacitación educativa y, por lo tanto, al técnico político, puede ejemplificarse también por el impacto de estos antecedentes en el éxito profesional. Es decir, ¿hasta qué punto aquellos que poseen educación más elevada y títulos más especializados continúan sus carreras políticas? Los estudios sobre los gabinetes mexicanos y españoles indican que los políticos que poseen capacitación técnica tienen carreras

10 Roderic Ai Camp, *La formación de un gobernante, la socialización de los líderes políticos en el México posrevolucionario* (Fondo de Cultura Económica, México, 1981), p. 176. Otros ejemplos de los efectos específicos que produce en mexicanos distinguidos el hecho de vivir y estudiar en el extranjero pueden verse en autobiografías como la de Daniel Cosío Villegas, *Memorias* (Joaquín Mortiz, México, 1976), pp. 101 ss.; y José Vasconcelos, *Ulises Criollo* (Editorial Jus, México, 1978), así como José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos* (Fondo de Cultura Económica, México, 1977), que contiene un excelente análisis de los acontecimientos de la vida de Vasconcelos.

11 Roderic Ai Camp, "Intellectuals and the State in Mexico, 1920-1980, the Influence of Family and Education," artículo presentado en la 6a. Reunión de Historiadores de México y Estados Unidos, Chicago, 8-12 de septiembre de 1981, p. 12.

12 El mejor punto de vista norteamericano reciente acerca de las consecuencias negativas que tiene la imitación para México y América Latina es E. Bradford Burns, *The Poverty of Progress, Latin America in the Nineteenth Century* (University of California Press, Berkeley, 1980). Tommie Sue Montgomery, ed., *Mexico today* (Institute for the Study of Human Issues, Filadelfia, 1982) presenta los puntos de vista habituales de varios intelectuales mexicanos prominentes.

políticas más prolongadas que los que carecen de dichas calificaciones.¹³ Parece lógico que en la acción reciproca de las variables que determinan la elección de los ejecutivos superiores en México, y manteniendo iguales todas las demás consideraciones tales como activismo político, conexiones de grupo, capacidad política, etcétera, un individuo con capacitación en cierta área tendrá mayores ventajas en el proceso de selección. Como señala Peter Smith en la conclusión de su importante estudio, "los factores más determinantes del éxito" en la política mexicana son una educación universitaria y un título obtenido en la universidad nacional.¹⁴

Los siguientes dos grupos de criterios que propone Grindle son atribuidos con mucha frecuencia por otros estudiosos al técnico político: que se lo recluta y avanza en su carrera mediante criterios universalistas de evaluación, y que es apolítico. Estos dos criterios son más aplicables a los sistemas políticos inglés y norteamericano que al mexicano. Como he afirmado antes, el técnico no es apolítico; por lo general carece, más bien, del tipo y la profundidad de experiencia política que caracterizan al político sin capacitación técnica. Estos dos criterios no pueden aplicarse literalmente a México. Pero si los volvemos a definir cuidadosamente, algunos elementos de ambos pueden aplicarse y son valiosos para conceptualizar al técnico en la política mexicana.

Es evidente que, en las designaciones de personal superior en México, las decisiones son influidas por una combinación de factores, entre los cuales se cuentan la confianza de un superior en su subordinado, las capacidades políticas de la persona designada, las conexiones de grupo o camarilla en que participan superior y subordinado, la libertad que el presidente concede a un jefe para elegir a sus subordinados, la capacitación del individuo y su relación con la posición para la cual es postulado y los valores que ambas personas comparten.¹⁵ En otras palabras, al técnico político no se lo juzga solo por sus méritos sino que, lo mismo que a su colega no técnico, se tienen en cuenta algunas de estas cualidades o todas ellas. En estas evaluaciones no existe nada universal, ya que en cada situación se atribuye a cada criterio un peso distinto según quien toma la decisión y el contexto político en el cual la decisión se toma. Ciertos cambios que están ocurriendo en el proceso de reclutamiento en México pueden, sin embargo, favorecer al técnico político.

El sistema educativo desempeña un papel cada vez más importante en el proceso mexicano de reclutamiento. Esto no significa que las instituciones educativas sólo recluten técnicos políticos, puesto que también tienen la responsabilidad de reclutar políticos sin capacitación, méritos o experiencia técnica. Por otra parte, es mucho más probable que las instituciones educativas estimulen la carrera del técnico, por varias razones. He encontrado que, tanto entre políticos como intelectuales, en la relación entre patrocinante y discípulo, es natural que los individuos en condiciones de reclutar elijan como discípulos a aquellos estudiantes que tienen méritos y experiencias similares.¹⁶ En otras palabras, es probable que el técnico político que enseña en la

13 Paul H. Lewis, "The Spanish Ministerial Elite, 1938-1969", *Comparative Politics*, vol. 5 (octubre de 1972), p. 97; y del autor, "The Cabinet and the technician in Mexico and the United States", *Journal of Comparative Administration*, vol. 3 (agosto de 1971), pp. 188-213.

14 Peter H. Smith, *Labyrinths of Power, Political Recruitment in Twentieth-Century Mexico* (El Colegio de México, México, 1980), p. 247.

15 Roderic Ai Camp, "Losers in Mexican Politics: A Comparative Study of Official Party Precandidates for Gubernatorial Elections, 1970-75", en James W. Wilkie y Kenneth Ruddle, eds., *Quantitative Latin American Studies: Methods and Findings*, vol. 6, *Statistical Abstract of Latin America* (UCLA, Latin American Center, Los Ángeles, 1977), pp. 23-34.

16 México's Leaders e "Intellectuals and the State".

universidad nacional reclute, y produzca, una versión más joven de sí mismo y no un político corriente, tradicional. Además, un proceso de reclutamiento basado en la selección efectuada por los que ya ocupan cargos en el gobierno tiende a autoperpetuarse, a seguir, generación tras generación, reconstruyéndose con el mismo tipo de individuos de aquellos que hacen la selección. En consecuencia, a medida que en México aumenta la cantidad de técnicos políticos, estos aseguran que cada generación posterior sea conformada cada vez más por sus discípulos, por estudiantes que han cursado educación avanzada y, con frecuencia, que han estudiado en el exterior.

A medida que las instituciones educativas aumentaron su influencia en el proceso de reclutamiento, hubo una declinación correspondiente del papel que en dicho proceso desempeñara el partido oficial (PRI) y los sindicatos y, en un período anterior, el ejército. Estas tres instituciones han tenido la principal responsabilidad del reclutamiento del político tradicional en México, un individuo por lo general sin capacitación especial, que ascendía a la cima del sistema gracias a su habilidad pragmática para resolver, o al menos ajustar, los problemas políticos y realizar tareas políticas para un superior. Además, a medida que las instituciones educativas aumentaban su influencia, en especial la universidad nacional, nuevas facultades fueron participando cada vez más en el proceso de reclutamiento, en especial las de economía y de política y ciencias sociales. Por otra parte, El Colegio de México, una institución altamente especializada centrada especialmente en la capacitación avanzada, comenzó a participar en dicha función a medida que algunos de sus alumnos ocuparon posiciones en la dirección política. La contribución de El Colegio a tal tendencia aumentará la representación del técnico político, desde que el verdadero objetivo de esta institución ha sido permanecer, tanto como fuera posible, aparte del campo político.

Es indudable que en México el nivel superior de la toma de decisiones ha sido dominado cada vez más por individuos que siguieron principalmente carreras académicas y en la administración pública, y que se apartaron de las organizaciones políticas de masas, tales como el partido y los sindicatos. Es algo difícil discernir esta tendencia a lo largo del tiempo. Desde 1920 el escenario político fue dominado por tres modelos de carrera, a las que he denominado camino electoral, camino electoral administrativo y camino administrativo. En años anteriores, la mayoría de los políticos mexicanos siguieron los dos primeros, desarrollando su actividad en los niveles local o nacional en el partido y una política electoral, ya fuera como civiles, lo más a menudo como abogados, o bien como militares revolucionarios hechos con su propio esfuerzo. Pero incluso en el comienzo mismo de la época posrevolucionaria, muchos políticos con educación superior siguieron, al tiempo que participaban en grupos políticos y actuaban como militantes o candidatos en elecciones locales o nacionales, carreras administrativas en la burocracia nacional.

Son ejemplos del primer tipo de individuos hombres como Adalberto Tejeda, teniente coronel durante la revolución y maderista elegido como constituyente en 1916. Tejeda fue después senador durante el gobierno de Carranza y más tarde gobernador de Veracruz. Por último, durante el régimen del presidente Calles, ocupó dos cargos en el gabinete, en Comunicaciones y Obras Públicas y en Gobierno, para después ser otra vez gobernador de Veracruz. Activista político y revolucionario, fue candidato presidencial del Partido Comunista en 1934 antes de finalizar su

larga carrera política.¹⁷

Del segundo tipo de carrera, que combina experiencias electorales y administrativas, es ejemplo Enrique Colunga, graduado en leyes en 1893, candidato derrotado a gobernador en su Estado natal de Guanajuato en 1911, luego de lo cual ingresó en el poder judicial. En la década de 1910 ocupó varios cargos electivos, incluidos los de consejero municipal, diputado estatal y alterando después los de diputado y senador federal. En los años veinte fue dos veces gobernador de su estado natal, secretario de Gobierno y miembro de la Suprema Corte de Justicia. Más tarde, al retornar a su carrera judicial, se desempeñó como juez de tribunales móviles desde 1926 hasta su muerte en 1946.¹⁸

A comienzos de los años veinte también podían encontrarse en México políticos que seguían la carrera administrativa. Un hombre que representa este modelo, seguido después por muchos futuros técnicos políticos, es Alberto J. Pani, que desde 1911 hasta 1932 ocupó una serie de importantes cargos administrativos en gobiernos revolucionarios y posrevolucionarios. Estudió en una escuela secundaria privada dirigida por una francesa, luego, en el nivel preparatorio, en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes, su estado natal, y obtuvo el título de ingeniero en 1902. Partidario de Madero y profesor en la Escuela Nacional de Ingeniería, aceptó el cargo de subsecretario de Educación Pública en 1911. En 1912 fue director de Obras Públicas en el Distrito Federal, tesorero general de México durante la presidencia de Carranza, así como secretario de Industria y luego embajador en Francia en 1918. En 1921 Obregón lo designó secretario de Relaciones Exteriores y se desempeñó como secretario de Hacienda de 1923 a 1927 y de 1932 a 1933, luego de lo cual se retiró a la vida privada.¹⁹ Pani tenía varios protegidos, uno de los cuales, al principio de su carrera, fue Genaro Estrada, otro mexicano que tipifica este modelo administrativo y que a su vez inició a Jaime Torres Bodet en una de las más exitosas carreras administrativas de la historia de México. Pani, Estrada y Torres Bodet fueron precursores de los actuales técnicos políticos, hombres cuya educación y experiencia profesional los hizo regresar una y otra vez a la vida pública.

Estos tres caminos pueden observarse también hoy, en los años ochenta, pero los porcentajes de políticos que siguen cada uno de los modelos han cambiado fuertemente. En los años veinte y treinta el camino electoral era el más común, mientras que el camino electoral-administrativo predominó en las décadas de 1940, 1950 y comienzos de 1960. En los años setenta comenzó el predominio del camino administrativo, que seguirá en el futuro previsible. El predominio de este último camino es al mismo tiempo una causa y un resultado de la presencia cada vez mayor del técnico político en México. Los valores del técnico político han sido institucionalizados dentro del sistema político mexicano. También en este caso, Miguel de la Madrid, que será el próximo presidente de México, ejemplifica esta tendencia general.

Ha realizado toda su carrera en la burocracia federal, desde 1953, cuando fue empleado en el departamento legal del Banco Nacional de Comercio Exterior. Aunque era estudiante de derecho, el próximo presidente hizo su tesis sobre el pensamiento económico de la constitución de 1857, obtuvo el segundo puesto de su promoción y, como hemos señalado antes, se tituló

17 *Diccionario Porrúa* (Porrúa, México, 1970), p. 2064; José López Escalera, *Diccionario biográfico y de historia de México* (Editorial del Magisterio, México, 1964), p. 1058; y *Enciclopedia de México*, vol. 12, 1977, p. 34.

18 *Diccionario Porrúa*, p. 472; José López Escalera, *Diccionario*, p. 207.

19 Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos*, 2 vols. (Librería Manuel Porrúa, México, 1951).

en administración pública en Estados Unidos, convirtiéndose en el primer presidente mexicano graduado en ese país. Todos los cargos federales desempeñados por el próximo presidente fueron en el área financiera, y su mentor inicial fue, por cierto, Ernesto Fernández Hurtado, director del Banco de México. Aunque ingresó formalmente en el PRI en 1963, y actuó como orador y líder estudiantil en la facultad de derecho, nunca ocupó un cargo en el partido ni fue candidato a cargos electivos de gobierno.²⁰

El próximo presidente simboliza el control por parte de la nueva élite administrativa en México. Los datos del cuadro 3 muestran que, incluso desde los años treinta, los miembros del gabinete y sus subordinados inmediatos no han sido por lo común militantes políticos ni utilizaron cargos partidarios para ascender a la cima. Si bien es tradicional que la quinta parte de los secretarios del gabinete mexicano sean también altos funcionarios del partido, esa cifra debería haber aumentado a medida que el partido incrementaba su fuerza y se integraba al gobierno. En lugar de ello, sin embargo, todos los políticos ocupantes de cargos partidarios se estabilizaron alrededor de una séptima parte, cifra que también se mantiene en las carreras de los secretarios. Por primera vez en la historia política reciente, los secretarios del gabinete, que constituyen el grupo más prestigioso dentro del sistema político mexicano, han ocupado altos cargos partidarios en cantidades menores que todos los demás políticos. Más aún, las cifras no muestran que el tecnócrata político esté usando el gabinete como escalón para ascender en el partido. Gustavo Carvajal Moreno es un ejemplo típico de carrera burocrática, al pasar en 1978 de subsecretario del Trabajo a secretario general del PRI y, un año más tarde, a presidente del partido. Su sucesor, Javier García Paniagua, representó una inversión temporal de esta tendencia y su renuncia recibió bastante espacio en la prensa. En cambio Pedro Ojeda Paullada, nueva cabeza del partido, es, lo mismo que el propio presidente, un producto total de la burocracia federal desde sus días en la facultad de derecho de la ciudad de México. La renuncia de su predecesor se atribuye, en parte, a su rechazo por los tecnócratas.²¹

De los antecedentes enumerados en el cuadro 3, la única tendencia ascendente importante es la de "algún puesto partidario". Ha habido un notable aumento de esta cifra, que se triplicó de los colaboradores de Cárdenas a los de López Portillo. Si bien los militantes del partido son todavía una minoría en las secretarías de Estado, ¿qué significa esta fuerte tendencia ascendente para el tecnócrata político? No significa, como en el caso de los altos puestos partidarios, que los secretarios de Estado ocupen esos puestos luego de su paso por las secretarías. Por el contrario, significa que el tecnócrata político se está apoderando de la burocracia partidaria, gradual y definitivamente. Cuanto más joven es el secretario, tanto más probable es que haya ocupado algún puesto en el partido (cuadro 4). No es sorprendente que la declinación absoluta más evidente de todos los antecedentes profesionales de políticos haya sido la de los militares. En el actual gobierno se ha estabilizado en alrededor del 5% de los grupos del gabinete y del subgabinete; ningún secretario de Estado nacido después de 1930 siguió la carrera militar (cuadros 3 y 4). Las carreras sindicales también muestran una pauta interesante. En un principio, su número era pequeño entre los colaboradores más cercanos de Cárdenas, probablemente debido a que los sín-

20 Véase *Excélsior*, 6 de julio de 1981, p. 1, 10A; *Tiempo*, 5 de octubre de 1981, p. 4; *Tiempo*, 15 de mayo de 1972, p. 31; *Excélsior*, 4 de mayo de 1972, p. 4; *Tiempo*, 28 de mayo de 1979, p. 13; *The New York Times*, 26 de septiembre de 1981, pp. 1, 4; *Excélsior*, 6 de octubre de 1981, p. 10A; y *Excélsior*, 26 de septiembre de 1981, p. 13A.

21 *Excélsior*, 14 de octubre de 1981, p. 1, 16A; *Latin America*, 23 de octubre de 1981, p. 1A.

dicatos acababan de ser organizados y todavía no habían alcanzado su cenit como instituciones de reclutamiento. Pero en los años cincuenta, y en parte debido a que el propio López Mateos había participado activamente en la Unión Nacional de Maestros, los antecedentes sindicales se duplicaron en las secretarías de Estado. También en este caso, mientras que las subsecretarías del gobierno de Cárdenas anticiparon la tendencia hacia mayores antecedentes sindicales en el escalafón superior de los años cincuenta, en esta última época la pequeña representación de los antecedentes sindicales en dicho grupo anticiparon el patrón de los años ochenta. En los dos primeros gobiernos indicados en el cuadro 3, los secretarios de Estado siguieron carreras sindicales en cantidades equivalentes a todos los dirigentes políticos. Pero en los años ochenta sólo la décima parte de ellos mostraban tales antecedentes, la mitad de la cantidad de todos los demás políticos. También en este caso, si se examina la edad de los secretarios, la tendencia descendente puede observarse en la generación de los años veinte (cuadro 4).

Cuadro 3

Tendencias de las carreras dentro de las secretarías y subsecretarías de estado mexicanas

Gobierno de:									
Cargo ocupado en la carrera	Cárdenas (1935-1944)			López Mateos (1958-1964)			López Portillo (1976-1981)		
	Secr.	Sub-secr.	Todos	Secr.	Sub-secr.	Todos	Secr.	Sub-secr.	Todos
Líder sindical	8%	10%	8%	16%	6%	16%	11%	5%	19%
Militar	22%	10%	26%	8%	5%	11%	5%	4%	5%
Altos cargos en el partido a	18%	5%	13%	20%	7%	15%	14%	9%	15%
Cualquier cargo en el partido ^a	12%	13%	10%	22%	14%	30%	34%	19%	36%
Diputado estatal	12%	8%	11%	8%	5%	12%	5%	3%	9%
Diputado federal	32%	13%	44%	33%	21%	46%	29%	18%	48%
Presidente municipal	12%	8%	11%	8%	5%	6%	5%	3%	9%

^a se refiere a cargos ocupados sólo en el PRI o sus antecedentes

Cuadro 4

Tendencias de las carreras dentro de las secretarías y subsecretarías de estado mexicanas

Generación ^a						
Cargo ocupado en la carrera	1880-89	1890-99	1900-09	1910-19	1920-29	1930-
Alto cargo en el partido	20%	19%	9%	11%	15%	10%
Cualquier cargo en el partido	5%	8%	19%	23%	30%	33%
Líder sindical	5%	4%	6%	27%	12%	3%
Militar	45%	19%	8%	7%	6%	0
Diputado estatal	5%	12%	3%	7%	6%	3%
Diputado federal	35%	30%	24%	18%	13%	13%
Presidente municipal	5%	4%	3%	5%	6%	0

^a Siete individuos nacieron antes de 1880, número demasiado pequeño para separar en categorías.

El otro patrón que se muestra es el de los antecedentes electorales municipales o estatales de los dirigentes políticos. Si se observa ya sea los diputados estatales o los presidentes municipales, y si bien tales antecedentes han permanecido en gran medida estables en las carreras de todos los políticos desde los años treinta hasta los ochenta, su presencia descendió fuertemente entre los jefes de organismos federales: de hecho, para bastante más de la mitad, del 12 al 5% para ambas posiciones. En realidad, la única posición que se ha mantenido firme a lo largo del tiempo en los antecedentes de todos los políticos es la de diputado federal. Pero dos circunstancias merecen mencionarse. En las secretarías de Estado ha habido menos ex diputados federales que en cualquier otro puesto político. Y si bien en los años cincuenta la tendencia subió ligeramente, y ha continuado así para todos los políticos, existe ahora un movimiento descendente entre los secretarios y subsecretarios de Estado. Y lo que es más importante, aunque no aparezca en los datos del cuadro 3, es el hecho de que hoy muchos más secretarios de Estado han sido diputados después de ocupar un cargo en un organismo (como puede verse en el cuadro 4) en lugar de usar este último como escalón para llegar a aquella posición. De los secretarios de Estado nacidos después de 1920, que constituyen casi todos los del actual gobierno, sólo tres fueron diputados estatales y sólo siete diputados federales. El significado del orden cambiante de estas posiciones de la carrera política es doble. En primer lugar, es improbable que el individuo que ocupa el cargo ejecutivo haya adquirido la capacidad política inherente a dicha posición antes

de llegar al cargo. Y segundo, tanto diputados como senadores son cada vez más individuos que han seguido toda su carrera en la burocracia, lo mismo que sus homólogos del poder ejecutivo. Antonio Carrillo Flores, que desde 1946 fue cuatro veces secretario de Estado, ilustra el caso: después de treinta y tres años en la burocracia federal, fue elegido en 1979 diputado por el Distrito Federal.

Las dos últimas características atribuidas al tecnócrata son que suele tender a subestimar la importancia de las relaciones humanas y de la política y que tiende a tomar sus decisiones sobre la base de la racionalidad y la eficiencia. También en este aspecto encontramos una tendencia a aplicar literalmente estas características, aunque en realidad pocos estudiosos han ido tan lejos. Como he tratado de demostrar en las secciones precedentes, el tecnócrata político es una amalgama de cualidades y capacidades del político y del tecnócrata. Muchos tecnócratas, a los que gustaría ser políticos, son suprimidos antes de que alcancen posiciones elevadas en México. Sin ciertas capacidades políticas, un técnico raramente llegará a una posición en la que pueda hacer política. Los políticos competentes que no son tecnócratas también basan sus decisiones en la racionalidad y la eficiencia. La diferencia entre ambos tipos de individuos es una cuestión de grado, pero esa diferencia afecta algo más que el estilo: influye también sobre la sustancia.

Tal vez la característica más importante del técnico político mexicano es su actitud hacia sus capacidades políticas y el carácter de éstas. Su actitud, que surge de su educación especializada y, en su caso, de sus experiencias en el extranjero, indica que la tecnología occidental puede resolver la mayoría de los problemas humanos y sociales. Su punto de vista es reforzado además por la creencia de que la principal necesidad de México es una buena administración, un concepto sinónimo de eficiencia. El presidente López Portillo, al comentar los méritos de su sucesor, refuerza este punto de vista al afirmar que "Es un hombre joven que permitirá un renuevo generacional, con criterios modernos..."²² Irónicamente, esta afirmación es un retroceso superficial a la época prerrevolucionaria, cuando uno de los lemas del porfiriato era "poca política, mucha administración". La sustancia es bastante diferente, desde luego, pero algunos mexicanos se inquietaron al comparar los científicos* de aquella época con la nueva clase de los administradores de la actual. Había cierto aire de arrogancia en los científicos, hombres convencidos de que el pensamiento racional y los principios científicos podían resolver cualquier problema.

De la misma manera, muchos jóvenes administradores públicos tienen escaso respeto por la experiencia y las capacidades políticas de masas de sus colegas más antiguos, y creen, en efecto, que sus antecedentes formales son más útiles para ellos y para el proceso burocrático de toma de decisiones que los años de entrenamiento en un puesto. Esta actitud particular alcanzó un punto alto durante el gobierno de Echeverría, quien efectivamente pasó por encima de una generación entera de dirigentes mexicanos al designar en cargos de responsabilidad a muchos especialistas jóvenes, con educación superior, y que casi no tenían experiencia política. Al investigar las dificultades de su régimen, aunque se debieron a muchas causas, no podrá ignorarse la inefficiencia de muchos jóvenes tecnócratas como administradores y el resentimiento que produjeron entre las clases educadas y los políticos más antiguos.

El presidente López Portillo respondió a esta situación y al resentimiento subyacente desig-

22 *Excélsior*, 8 de enero de 1982, p. 16A.

* En castellano en el original.

nando para muchos de los codiciados puestos de su régimen a miembros de la generación que su antecesor había dejado de lado. Como quiera que sea, si bien la juventud resultó disminuida luego de 1976, el valor otorgado a los títulos formales y a la experiencia puramente administrativa siguió aumentando, lo mismo que lo había hecho gradual pero firmemente desde los años treinta. Como consecuencia, este patrón continua así afectando, el reclutamiento y la capacidad de los políticos para tomar decisiones.

Los políticos, como cualquier ser humano, son socializados mediante la experiencia. Cualquiera que desee seguir una carrera pública examina los patrones que parecen tener más éxito. Al automodelarse según la carrera del político mexicano más exitoso, no inferior al próximo presidente, un dirigente en perspectiva creerá correctamente que una educación avanzada, un conocimiento especializado, como por ejemplo en economía o comunicaciones, varios años de enseñanza en la universidad nacional y una carrera desarrollada enteramente dentro de la burocracia federal, apuntalarán muy probablemente sus oportunidades para llegar a la cima. Por lo tanto, un joven se sentirá poco estimulado a convertirse en militante del PRI, la CTM o la CNC, a pugnar por llegar a diputado federal o senador, a ganar posiciones en la jerarquía del partido, como medios principales de obtener un cargo influyente y con responsabilidad en un organismo gubernamental. Las implicaciones más nefastas de las actitudes del tecnócrata político, sin embargo, no derivan de la carrera que decide seguir sino de las capacidades de que dispone personalmente para tomar y ejecutar decisiones. Debido a que el modelo común de reclutamiento es hoy uno que traslada a un individuo de las aulas universitarias directamente al gobierno federal, los políticos de éxito se están volviendo extremadamente expertos en la acción interpersonal en pequeños grupos, en los que se manejan dentro de varias camarillas al ir ascendiendo la escala política. Al mismo tiempo, sin embargo, están perdiendo cada vez más la importante capacidad política de manejar conflictos entre grupos grandes y autónomos, o entre el Estado y uno o más de esos grupos. Los estudios demuestran que los ejecutivos con formación en las artes liberales abordan mucho mejor una amplia gama de problemas, y que sus capacidades interpersonales son mayores que las de aquellos que tienen sólo una educación especializada.²³ La orientación educacional del técnico político sólo refuerza esa falta de capacidades políticas que ya no se adquieren a través de ciertas carreras profesionales.

Conclusiones

El tecnócrata de la política mexicana puede ser conceptualizado, si no explícita al menos implícitamente, como un individuo cuyo nivel educativo, disciplina de especialización, experiencias en el extranjero, experiencias profesionales, lo llevan a subrayar el uso de conocimientos especializados para resolver problemas humanos y sociales, a creer que la tecnología occidental proporciona los modelos más útiles para resolver los problemas de desarrollo, a considerar que la administración eficiente es la clave de la solución del Estado a tales problemas, y a asumir que

23 Robert E. Beck, 'The Liberal Arts Major in the Bell System Management', *Project Quill Report*, Association of American Colleges, 1981, pp. 227-239. Beck encontró que los graduados en humanidades eran particularmente fuertes en capacidades interpersonales, en comparación con los graduados en ciencias, matemáticas, ingeniería y economía.

existe una solución burocrática para la mayoría de las cuestiones humanas.²⁴ Además, aunque esto sea difícil de identificar empíricamente, allí donde se dispone de esta evidencia empírica, se observa que el tecnócrata está claramente en ascenso en México, lo ha estado durante cierto tiempo y ahora domina aquellos organismos que más responsabilidad tienen en la asignación de ingresos federales a los problemas económicos y sociales.

La influencia del tecnócrata puede producir muchas consecuencias en el futuro de México. En años recientes, en respuesta a la creciente insatisfacción de ciertos grupos de la población, el Estado comenzó a reformar sus leyes electorales, estimulando una mayor participación de los grupos políticos de oposición y promoviendo la expansión de otros grupos autónomos con intereses políticos, como los sindicatos. El Estado está tratando de adaptarse a las presiones sociales para sobrevivir, pero los ajustes que introduce tendrán en sí mismos consecuencias imposibles de predecir. El Estado, en efecto, puede haber abierto una caja de Pandora de duendes políticos sobre los cuales tiene escaso control. Esto no significa que el Estado no debería haber hecho esas reformas, o que podría haber actuado de otra manera, sino que las grandes tensiones que afecten al Estado en los años ochenta provendrán de las dislocaciones económicas y de las respuestas que a ellas den grupos numerosos. Al hacer más complejo el escenario político y permitir una mayor competencia, el Estado ha logrado apaciguar, al menos temporalmente, las tensiones en ascenso que se le oponían. Pero en el largo plazo el efecto será la necesidad de una dirección política que pueda ver estas consecuencias en el contexto más amplio posible, que pueda prever algunas de esas consecuencias antes de que ocurran y, lo que es más importante, que posea la capacidad necesaria para negociar, tratar y abordar a grupos grandes. El cuerpo a cuerpo burocrático es una excelente cualidad para llegar a la cima dentro de los estrechos límites del sistema político mexicano, pero tiene escasa utilidad para el negociante político que debe manejar demostraciones de masas.

En los años sesenta, los tecnócratas eran ya en el gobierno mexicano una gran minoría, y realmente funcionaron como un grupo de intereses dentro de la burocracia que trataba de persuadir a los políticos de que adoptaran las alternativas que ellos apoyaban.²⁵ En la actualidad, en lugar de influir sobre las decisiones con sus consejos, están tomando la mayoría de sus decisiones propias, directamente. Así como el técnico ampliaba el número de alternativas entre las cuales el político podía decidir, educando a su superior en decisiones técnicas de las cuales no era consciente, hoy el técnico político decide entre un conjunto cada vez más estrecho de alternativas porque no es consciente o carece de la capacidad de utilizar la gama más amplia de opciones políticas.

Junto con el cambiante rostro del político en México, existe una importante alteración en la relación de aquel con otro grupo significativo: los intelectuales. Históricamente, los intelectuales han actuado mucho en el gobierno, pero, al menos desde 1920, el patrón de la participación in-

24 Esta convicción se ha extendido a otros grupos con educación superior en México. León García Soler, por ejemplo, en su popular columna "La mitad del foro", en Excélsior, señaló recientemente, en tono sarcástico, que "Éste [García Paniagua] demuestra que en la Secretaría del Trabajo la virtud principal de un político es serlo", 3 de enero de 1982, p. 18.

25 Puede encontrarse evidencia de esto en Susan Purcell, *The Mexican Profit-Sharing Decision*; Christopher Mitchell, "The Role of Technocrats in Latin American Integration", *Inter-American Economic Affairs*, vol. 21 (verano de 1967), pp. 3-30; y Roderic Ai Camp, *The Role of Economists in Policy-Making, A Comparative Case. Study of Mexico and the United States* (University of Arizona Press, Tucson, 1977).

telectual ha cambiado. Al tiempo que se trasladaban al campo literario y de las ciencias sociales, ignorando simultáneamente las esferas tradicionales del derecho y la medicina, los intelectuales iban abandonando las carreras gubernamentales. Si bien no poseen las habilidades políticas para manejar a las masas que tienen los políticos más antiguos, cuentan con una buena educación como generalizadores, y con esa capacidad pueden actuar en el campo político. Pero al quitar fuerza al papel del intelectual dentro del Estado, éste aumenta los riesgos de que algunos miembros de la élite cultural proporcionen dirección a grupos políticos autónomos o se alien con disidentes de la clase media. Así, al tiempo que los grupos políticos logran autonomía en México y un número mayor de grupos sindicales presiona al gobierno en busca de su independencia, un tercer grupo, los intelectuales, encuentra posibilidades de carreras de tiempo completo en el campo académico, expresando su independencia respecto del Estado.

El tecnócrata de orientación occidental trae consigo los beneficios que una tecnología universal puede ofrecer a las sociedades en desarrollo; sin embargo, trae también consigo los peligros de recalcar soluciones a problemas que tienen escasa aplicación en México. Más afín, existe en política la tentación, lo mismo que en la ciencia y la cultura mexicanas, de tomar prestados enfoques ya desarrollados en otra parte, inhibiendo con ello la evolución de innovaciones, perspectivas y procesos nacionales propios. Para resolver sus problemas, México no puede ignorar la contribución de ideas extranjeras, pero por otra parte debe reconocer que sus problemas son únicamente mexicanos y que, en el pasado, el Estado resolvió la mayoría de esos problemas desarrollando un proceso exclusivamente mexicano. Si como ha indicado León García Soler, el punto de vista cínico del político mexicano tradicional es algo generalizado entre los grupos educados, está creando expectativas irreales en parte de la opinión pública mexicana en el sentido de que la nueva clase administrativa, o técnico-política, puede resolver todos los problemas. El técnico político no posee todas las respuestas a los problemas de México y, desde luego, tampoco las tiene el político tradicional. Pero en los años ochenta el técnico político, a fin de prepararse mejor para abordar los problemas de la década, deberá maximizar sus capacidades tanto políticas como técnicas, y no olvidar la principal lección que ha enseñado el político posrevolucionario: la respuesta a los problemas de México es mexicana.